



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

ESCATOLOGÍA

EXPONE

• Eduardo Cartea Millos •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Temario

Clase 8

1. Escatología general (cuarta parte): los juicios finales

- a. El Tribunal de Cristo
- b. El juicio de Israel
- c. Los juicios de los santos del Antiguo Testamento
- d. El juicio a los muertos de la Gran Tribulación
- e. El juicio a los ángeles caídos
- f. El juicio al Anticristo y al falso profeta
- g. El juicio a Satanás
- h. El juicio sobre la muerte y el Hades
- i. El juicio del Gran Trono Blanco
- j. El juicio a todo el universo

2. El infierno

3. El cielo

4. La Nueva Jerusalén



CLASE 8

1. Escatología general (cuarta parte): los juicios finales

a. El Tribunal de Cristo

(Para este tema véase Clase 5, inciso c.).

b. El juicio de Israel

Jesucristo juzgará a su pueblo antes del comienzo del Milenio, de acuerdo con Ezequiel 20:33-38 y Malaquías 3:2-6: *“Vivo yo, dice Jehová el Señor, que con mano fuerte y brazo extendido, y en el ardor de mi ira, he de reinar sobre vosotros. Os sacaré de entre los pueblos y os reuniré de las tierras en que estáis esparcidos, con mano fuerte y brazo extendido, y en el ardor de mi ira; os traeré al desierto de los pueblos y allí litigaré con vosotros cara a cara. Como litigué con vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así litigaré con vosotros, dice Jehová, el Señor. Os haré pasar bajo la vara y os haré entrar en los vínculos del pacto; y apartaré de entre vosotros a los rebeldes y a los que se rebelaron contra mí; de la tierra de sus peregrinaciones los sacaré, pero en la tierra de Israel no entrarán. Y sabréis que yo soy Jehová”; “¿Pero quién podrá soportar el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador y como jabón de lavadores. Él se sentará para afinar y limpiar la plata: limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. Entonces será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, como en los años antiguos. ‘Vendré a vosotros para juicio, y testificaré sin vacilar contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran falsamente; contra los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, contra los que hacen injusticia al extranjero, sin tener temor de mí’, dice Jehová de los ejércitos. ‘Porque yo, Jehová, no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos’”.*

Este será el acto final sobre el pueblo de Israel. En la parábola de los talentos de Mateo 25:14-30, el Señor Jesús hizo referencia a este juicio, situándolo luego de su Segunda Venida: *“Después de mucho tiempo regresó el señor de aquellos siervos y arregló cuentas con ellos”* (v. 19).

Dicho juicio quitará a los judíos incrédulos del Milenio, pero más importante aún, los excluirá de la vida eterna.

Mateo 24 y 25 nos narra el orden en que este juicio se llevará a cabo.



En primer lugar, el juicio a Israel será antes del juicio a las naciones (Mateo 25:1-30 habla del juicio a Israel y 25:31-46 del juicio a las naciones).

Al final de la Gran Tribulación solo los israelitas salvos que murieron durante esa dispensación resucitarán, pues aquellos que lo hicieron durante la era de la iglesia serán parte de ella y lo harán inmediatamente antes del Arrebatamiento. Por lo tanto, este juicio caerá sobre todos los israelitas que vivan antes de la inauguración del Milenio: aquellos que no creyeron en el Mesías Jesucristo serán juzgados en el juicio del Gran Trono Blanco.

Según Ezequiel 20:33-38, este juicio se llevará a cabo en Cades-Barnea, en los límites de la Tierra Prometida, el mismo lugar en el que Dios litigó con los israelitas incrédulos: *“También en Tabera, en Masah y en Kibrot-hataava provocasteis a ira a Jehová. Y cuando desde Cades-barnea Jehová os mandó: ‘Subid y poseed la tierra que yo os he dado’, también fuisteis rebeldes al mandato de Jehová, vuestro Dios, y no le creísteis ni obedecisteis a su voz. Rebeldes habéis sido a Jehová desde el día en que yo os conozco”* (Dt. 9:22-24).

En Mateo 25:1-13 el Señor habló de este juicio por medio de una parábola: *“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al novio. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Como el novio tardaba, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ‘¡Aquí viene el novio, salid a recibirlo!’ Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: ‘Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.’ Pero las prudentes respondieron diciendo: ‘Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden y comprad para vosotras mismas.’ Pero mientras ellas iban a comprar, llegó el novio; y las que estaban preparadas entraron con él a la boda, y se cerró la puerta. Después llegaron también las otras vírgenes, diciendo: ‘¡Señor, señor, ábrenos!’ Pero él, respondiendo, dijo: ‘De cierto os digo que no os conozco.’ Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del hombre ha de venir”*.

Israel es comparado con diez doncellas o vírgenes: cinco prudentes y cinco insensatas. Esta parábola poco tiene que ver con la iglesia, a pesar de que, como a esta, se le pide estar preparado para recibir a su Mesías, quien en este caso vendrá como Rey, acompañado de su esposa, con el fin de celebrar en la tierra su banquete de bodas

La división de cinco prudentes y cinco insensatas no debe analizarse de manera numérica, como si estuviese diciendo que la mitad de los israelitas será admitida y la otra mitad quedará afuera del banquete, sino que tiene la intención de clasificar dos grupos opuestos de israelitas: los que hayan recibido el Espíritu Santo, por lo tanto, están preparados y velando, serán invitados al banquete, pero



los que no estén preparados verán que las puertas se cierran y no podrán entrar. No entrar al banquete equivale a no ser admitidos en el reino milenario, esto puede verse claramente en Ezequiel 20:37-38: *“Os haré pasar bajo la vara y os haré entrar en los vínculos del pacto; y apartaré de entre vosotros a los rebeldes y a los que se rebelaron contra mí; de la tierra de sus peregrinaciones los sacaré, pero en la tierra de Israel no entrarán. Y sabréis que yo soy Jehová”*.

c. Los juicios de los santos del Antiguo Testamento

Los santos de la era de la iglesia pasarán por el juicio de recompensas en el Tribunal de Cristo, sin embargo, los del Antiguo Testamento también serán recompensados por su fidelidad.

Sin duda, estos ocupan un lugar específico en los planes de Dios, recibiendo promesas únicas y también un juicio particular.

Existen varios pasajes del Antiguo Testamento que nos ayudan a determinar con exactitud cuándo se llevará a cabo este juicio. Daniel 11 narra acerca de lo acontecido durante la semana setenta de Daniel, describiendo en el capítulo 12 los sucesos ocurridos al final de esta semana: *“En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”* (Dn. 12:1-2).

Estos pasajes son de gran importancia en lo que respecta a la resurrección de los santos del Antiguo Testamento. Dice que la resurrección sucederá “en aquel tiempo”, es decir, el previamente descrito o los últimos eventos de la semana setenta, donde se vence finalmente a la bestia. Por lo tanto, todo parece indicar que la resurrección de los santos del Antiguo Testamento está asociada a la condenación de la bestia en la Segunda Venida de Cristo.

Isaías 26:19-21 dice: *“Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos. Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él; y la tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella, y no encubrirá ya más a sus muertos”*. Este pasaje sirve como respaldo para afirmar que la resurrección de estos santos se dará al final de la Gran Tribulación, pues enseña que los moradores del polvo no saldrán hasta que pase la indignación, la cual no puede tratarse de otra cosa que del período de tribulación.

Daniel 12:3, luego de la referencia a la resurrección de los santos del Antiguo Testamento, dice: *“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la*



multitud, como las estrellas a perpetua eternidad". Esto podría tener que ver con los resultados del juicio a estos santos, quienes experimentarían alguna forma de evaluación luego de ser resucitados.

Herman A. Hoyt dice: "Existen motivos para creer que, en ese mismo tiempo, ocurrirá la resurrección de los santos del Antiguo Testamento (Daniel 12:1-2; Isaías 26:19-21). Ellos también pertenecen a la primera resurrección, y por tanto, ocuparán su lugar junto a esas huestes de santos resucitados, reinando también con Cristo (Apocalipsis 20:4-6). Personajes tan distinguidos como Abraham, Isaac y Jacob estarán allí reunidos (Mateo 8:11). David también estará allí y será su rey, y será su príncipe para siempre (Ezequiel 37:24-25). Sin duda, un juicio especial se ejecutará a estos santos, a fin de determinar el lugar y la posición que ocuparán en el reino (Daniel 12:3; Malaquías 3:16-17)".

En conclusión, parece probable que los santos del Antiguo Testamento reciban un juicio antes del establecimiento del Milenio.

No sabemos prácticamente nada respecto a la naturaleza de este juicio, por lo que solo podemos especular que se tratará de algo parecido al Tribunal de Cristo, donde se evaluará la obediencia a la ley y la fidelidad para con Dios.

Daniel 12:3 menciona alguna característica de la recompensa que recibirán estos santos: "*Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad*". Hoyt comenta nuevamente: "Sin dudas un juicio especial se les celebrará a estos santos, a fin de determinar el lugar y la posición que ocuparán en el reino (Daniel 12:3; Malaquías 3:16-17)". Todos los redimidos de Israel: los resucitados del Antiguo Testamento y el remanente justo del período de la Tribulación llegarán al reino milenario y disfrutarán de todas las promesas de Dios.

d. El juicio a los muertos de la Gran Tribulación

Apocalipsis 20:4-6 dice: "*Vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar. Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años*".

Según este pasaje, los mártires resucitarán para estar con Cristo y reinarán con él, es decir, tendrán la facultad de juzgar.



En Apocalipsis 19 vemos que Jesús llega con su ejército en su Segunda Venida. Este ejército no solo es angelical, sino que vendrá además acompañado con su iglesia, la cual ya habrá experimentado las bodas del Cordero en los cielos.

Juan dice al respecto que vio tronos, implicando un Gobierno. Aquellos que ocupan los tronos tendrán la facultad de juzgar. Además de los santos de la iglesia y los del Antiguo Testamento, es probable que los mártires de la Gran Tribulación también se sienten a juzgar, pues el pasaje dice claramente que tendrán esta facultad.

Luego de la visión de Juan de los tronos, aparecen en escena los mártires, las almas de los decapitados, donde se remarca que habían muerto “... *por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios...*” (v. 4). Al morir fuera del período de la gracia, deberán entregar sus vidas al martirio para poder ser salvos (serán decapitados).

En Apocalipsis 6:10 los santos mártires claman a Dios para que se adelante el juicio: “*¿Hasta cuándo Señor, santo y verdadero, vas a tardar en juzgar y vengar nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra?*”. No obstante, el Señor les contestó “... *que descansaran todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos que también habían de ser muertos como ellos*”, es decir, que se complete el número de los mártires.

En el capítulo 20 este número está completo y ha vuelto a la vida.

Pablo enseñó que así como en Adán todos mueren, en Cristo todos serán vivificados, aunque cada uno en su debido orden. Todos los que resucitan en Cristo pertenecen a la primera resurrección.

En Apocalipsis 20:5 dice que hay un número de muertos que no fueron resucitados hasta terminado el Milenio. Estos son los no creyentes de todas las épocas, quienes serán resucitados para ser enjuiciados en el Gran Trono Blanco. Esta es la segunda resurrección. Es por eso por lo que el versículo 6 dice: “*Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección*”.

e. El juicio a los ángeles caídos

Judas 1:6 dice: “*Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día*”. Judas pretende recordar a la iglesia que Dios no tendrá piedad con los incrédulos y apóstatas, al igual que ha condenado a todos los ángeles indignos. El juicio a Israel en el desierto había sido ejecutado por la misma razón por la cual los ángeles caídos fueron aprisionados, como vemos en el versículo 5: “*Quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron*”.

Al igual que Israel, los ángeles caídos se habían rebelado contra el trono de Dios junto a Satanás.



¿Por qué es tan severo el juicio de Dios a los ángeles caídos?

Los demonios están, desde su caída, al servicio de Satanás, el maligno, calumniador y mentiroso. Jesús lo llamó “*mentiroso y padre de mentira*” (Jn. 8:44), aunque se le adjudican a Satanás más de cuarenta calificativos distintos: acusador, serpiente, lucero, dragón, demonio, etcétera; y algunos nombres propios como Satanás, Beelzebú, Belial y Lucifer.

Isaías 14:12-17 habla de su pecado: “*¡Cómo caíste del cielo, Lucero, hijo de la mañana! Derribado fuiste a tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: ‘Subiré al cielo. En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono y en el monte del testimonio me sentaré, en los extremos del norte; sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo.’ Mas tú derribado eres hasta el seol, a lo profundo de la fosa. Se inclinarán hacia ti los que te vean; te contemplarán, diciendo: ‘¿Es este aquel varón que hacía temblar la tierra, que trastornaba los reinos, que puso el mundo como un desierto, que asoló sus ciudades, que a sus presos nunca les abrió la cárcel?’”*”.

Satanás quiso subir al cielo y llegar a Dios con el fin de tener autoridad sobre los ángeles, en el momento en que “... *alababan juntas todas las estrellas del alba y se regocijaban todos los hijos de Dios*” (Job 38:7). Pretendía sentarse en el monte del testimonio, una clara alusión a Israel, por lo que su deseo era apoderarse del pueblo de Dios. No obstante, su acto más soberbio fue querer ser semejante al Altísimo, es decir, igualarlo en autoridad y dominio.

Ezequiel 28:11-17 narra su caída: “*Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ‘Hijo de hombre, entona lamentaciones sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho Jehová, el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y de acabada hermosura. En Edén, en el huerto de Dios, estuviste. De toda piedra preciosa era tu vestidura: de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro. ¡Los primores de tus tamboriles y flautas fueron preparados para ti en el día de tu creación! Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios. Allí estuviste, y en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado hasta que se halló en ti maldad. A causa de tu intenso trato comercial, te llenaste de iniquidad y pecaste, por lo cual yo te eché del monte de Dios y te arrojé de entre las piedras del fuego, querubín protector. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra, y delante de los reyes te pondré por espectáculo”*”.

Satanás era una creación de Dios perfecta, sabia y hermosa que estaba presente en el Edén, seguramente para protegerlo (querubín protector), hasta que se halló maldad en él y fue echado del monte de Dios. Su pecado fue su total autonomía de Dios, su autodeterminación y soberbia.

Satanás fue juzgado en la cruz (Colosenses 1:15-20; 2:14-15; Juan 12:31, 16:11).

Como decíamos anteriormente, los demonios son ángeles caídos que sirven a Satanás.



Pueden ser nombrados como “dioses”, “semidioses”, “deidades guardianas”, todas provenientes de la traducción del griego *daimon*, *daimonion* o su plural *daimonia*. Estos cayeron junto a Satanás: “*Su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciera*” (Ap. 12:4), siendo lanzados por Dios al infierno: “*Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a prisiones de oscuridad, donde están reservados para el juicio*” (2 P. 2:4); “*Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propio hogar, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día*” (Jud. 1:6).

Los demonios están en prisiones oscuras y eternas, reservados para el día del juicio, no obstante se les permite estar en las regiones celestes: “*... porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*” (Ef. 6:12).

Además de su naturaleza incorpórea y de necesitar encarnarse para actuar en algunos casos, son seres depravados y malignos. Por otra parte, no debe tenerse en poco su inteligencia y la claridad de su propósito: promover el reino de Satanás, producir el mal en el mundo, promover las falsas doctrinas y destruir al pueblo judío.

f. El juicio al Anticristo y al falso profeta

(Para este tema véase Clase 6, inciso c.)

g. El juicio a Satanás

Antes de que Adán y Eva fueran creados, Satanás había caído de su estado original a causa de su conflicto con Dios. En el correr de la historia fueron varios los juicios sobre Satanás, incluyendo el del Huerto del Edén, infligido a la serpiente. Allí mismo, en Génesis 3:15, se anunció proféticamente su derrota definitiva: “*Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón*”. Este pasaje revelaba, dentro del conflicto entre Satanás y Dios, el resultado de la crucifixión de Cristo, donde recibiría una herida en el talón, no mortal, pues vencería a la muerte, mientras que Satanás sería herido de muerte en su cabeza.

Juan 16:11 enseña respecto a que el Espíritu Santo, una vez haya entrado en los corazones de los creyentes, convencerá al mundo “*de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado*”. La cruz promulgó el juicio a Satanás, quien fue hallado culpable de rebelión.

Cuando regresaron los setenta que Jesús había enviado a predicar, dijeron en Lucas 10:17: “*Señor,*



aún los demonios se nos sujetan en tu nombre”. Cristo les respondió: *“Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo”* (10:18). Esta era sin duda una declaración profética de la derrota final de Satanás.

Cuarenta y dos meses antes de la Segunda Venida de Cristo, en el comienzo de la Gran Tribulación comenzará la guerra celestial entre el arcángel Miguel y el Dragón (Satanás) y sus ángeles, donde estos últimos serán derrotados *“... fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él”* (Ap. 12:9). En el versículo 10 del mismo pasaje leemos que Satanás estaba ocupado en acusar a los santos *“... delante de nuestro Dios día y noche”*.

En este tiempo, Satanás y sus ángeles serán expulsados del cielo. La derrota final de Satanás se acerca velozmente a su clímax. Falta poco para que el juicio final sea ejecutado en su contra.

Será en la Segunda Venida de Cristo donde comenzará a ejecutarse la condena sobre Satanás y sus ángeles caídos.

Apocalipsis 20:1-3 dice: *“Vi a un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo”*.

Este pasaje representa un nuevo avance en el juicio a Satanás, donde es atado, arrojado y confinado en el abismo, con el fin de que no pueda engañar a las naciones durante mil años. Apocalipsis 20:7-8 dice: *“Cuando mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de congregarlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar”*.

Habrá entonces una gran rebelión que rodeará el campamento de los santos y a Jerusalén, no obstante, sobrevendrá sobre ellos un juicio inmediato descrito en el versículo 9 y 10: *“Subieron por la anchura de la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; pero de Dios descendió fuego del cielo y los consumió, Y el diablo, que los engañaba, fue lanzado en el lago de fuego y azufre donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.”*

Esta es la condenación final de Satanás, destinado al fuego eterno preparado por Dios para él y para sus ángeles (Mateo 25:41). Este lugar no tiene que ver con el Hades, no es un lugar intermedio, sino el castigo eterno (Apocalipsis 20:13, 14).

La derrota final de Satanás y su juicio eterno son inminentes. Todos los enemigos de Dios serán juzgados a su debido tiempo.



h. El juicio sobre la muerte y el Hades

Apocalipsis 20:14 dice: *“Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda”*. Aunque la muerte y el Hades son utilizados muchas veces como sinónimos en la Biblia, con muerte se refiere a la condición del hombre de separarse de la vida, es decir, la condición mortal en sí, mientras que el Hades, como ya hemos visto, es el lugar de los muertos.

La muerte ha sido siempre el enemigo letal del hombre, pero en ese tiempo será lanzada al lago de fuego y la expresión “todos morimos en Adán” no se volverá a pronunciar.

En Oseas 13:14 leemos: *“De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista”*. También Pablo escribe en 1 Corintios 15:26, 55: *“Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte [...] ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”*.

La prisión de las almas pecadoras que se han separado del cuerpo, el Hades, sufrirá el mismo destino, pues ya no será necesario al quedar vacía, pues sus ocupantes sufrirán el juicio y luego la perdición eterna en el infierno, en el lago de fuego y azufre, donde también ha sido condenado Satanás, la bestia, el falso profeta y todos sus seguidores.

i. El juicio del Gran Trono Blanco

Apocalipsis 20:11-15 dice: *“Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo y ningún lugar se halló ya para ellos. Y vi los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios. Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. El mar entregó los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y fueron juzgados cada uno según sus obras. La muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. El que no se halló inscrito en el libro de la vida, fue lanzado al lago de fuego”*.

Esto es lo que comúnmente llamamos “el juicio final”, el trato definitivo de Dios con los incrédulos para ajustar cuentas con todos aquellos inicuos que rechazaron su voluntad.

Este pasaje habla de una última resurrección, llamada “la segunda resurrección”, donde todos aquellos muertos que no estén inscritos en el libro de la vida del Cordero volverán a la vida para ser enjuiciados. Esto ocurrirá después del Milenio y su juicio evaluará sus obras inicuas en la tierra, para luego ser lanzados al lago de fuego en lo que la Biblia llama “la muerte segunda”.



Este juicio corresponde tan solo a los muertos sin Cristo, quienes no disfrutarán de la vida eterna, sino que experimentarán el continuo tormento de la perpetua muerte.

Daniel 12:1-3 dice: *“En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”*.

Como ya hemos visto, Dios ha determinado dos tipos de resurrecciones: para vida y para condenación. La primera clase de resurrección, conocida como la “primera resurrección”, se compone de varias de ellas en distintos tiempos, pero todas corresponden a personas que de una manera u otra, según su tiempo, han muerto en Cristo. Todos ellos serán transformados en un cuerpo glorificado. Como dijo Jesús en Juan 5:28-29: *“No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación”*.

En lo que respecta al juicio final, existen tres pasajes fundamentales que describen su realidad. Uno de ellos es revelado por el apóstol Juan en Apocalipsis 20:11-12: *“Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”*.

El juicio final es inminente y debemos aceptarlo. Juan 5:30 aclara que Dios, como juez justo evaluará las obras de los hombres y juzgará a todos aquellos que no han confiado en la obra redentora de Cristo: *“No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre”*. Jesús viene hablando acerca del juicio de Dios, afirmando que todo aquel que oye su palabra y cree, tendrá vida eterna y no será condenado, sin embargo, aquel que haya hecho lo malo y no haya creído en las palabras de Cristo, será enjuiciado y condenado por toda la eternidad.

Hebreos 9:27 nos invita a tener siempre en cuenta este juicio: *“Y de la manera en que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”*.

Destaquemos tres puntos importantes de este pasaje.

En primer lugar, Dios ya ha establecido de manera inmutable que haya un juicio para las almas de los hombres incrédulos.

En segundo lugar, el hombre ha de morir una sola vez.



Y en tercer lugar, este juicio se llevará a cabo después de la muerte.

Todos los hombres sufrirán la muerte, con excepción de aquellos que sean arrebatados, y todos seremos enjuiciados, no obstante, la diferencia estará en nuestra justificación en Cristo, la cual nos libraré de la muerte y castigo eterno.

Hechos 17:30-31 dice: *“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos”*. Sin duda, el mundo no tendrá excusa delante del trono del Señor. Todo hombre entiende que la desobediencia a la ley debe ser juzgada y que la impunidad del pecado es contraria a la existencia de un Dios justo. Fue precisamente el pecado de la humanidad el que llevó a Cristo a la cruz del Calvario.

La justicia de Dios no puede ser burlada, el juicio del Gran Trono Blanco nos da la garantía de un Dios totalmente justo y santo.

Este pasaje de Hechos enseña con claridad que el hombre pecador está bajo el yugo esclavizador del pecado y su destino es la condenación eterna, la muerte segunda, pues el salario del pecado es la muerte, sin embargo, Dios envió a su Hijo Jesucristo para librar al hombre del poder del pecado. Cristo entregó su vida y resucitó para ser la esperanza de todos aquellos que creen en él. Él es el único medio para llegar al Padre y es el propósito principal de todo juicio divino. El juicio de Dios a los hombres es por Jesucristo. Nuestro Señor es el motivo por el cual Dios, en la persona de Jesucristo, se sentará para juzgar a los impíos en el juicio del Gran Trono Blanco.

Juan 3:16-19 dice: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”*.

Este pasaje hermoso nos revela tres verdades fundamentales: Dios ama a la humanidad, por lo tanto, decidió rescatarla del pecado entregando lo más valioso que tenía, con el fin de cumplir con la demanda de la justicia expresada en la ley: “la paga del pecado es muerte”. Por este mismo hecho, el incrédulo debe ser juzgado, de lo contrario se haría una injusticia con la sangre de Cristo. Es así como aquel que no crea en la obra de Cristo deberá ser juzgado en el juicio del Gran Trono Blanco para dar cuenta de sus obras impías y su falta de fe en el Señor.



Si entendemos que toda retribución tendrá su castigo y toda transgresión a la ley de Dios será castigada con la muerte, entonces comprendemos también lo terrible que es rechazar el regalo de Dios de la salvación en Cristo: *“¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?”* (He. 10:29). Rechazar el regalo de Dios no es tan solo decir que no a un presente, es despreciar lo único capaz de justificarnos, es desechar la amnistía celestial, la cual costó la sangre inocente del Hijo de Dios. Cada vez que se desprecia el mensaje del evangelio, se reafirma la condena del pecador. Dios no quiere condenarnos, pues ya hemos sido condenados cuando decidimos servir al pecado, sino que pretende salvarnos de ese destino, pues sabe bien que llegará el momento en donde deberá aplicar su justicia perfecta y dar juicio condenatorio a todo aquel que no esté cubierto por la sangre de Cristo.

Veamos nuevamente el pasaje de Apocalipsis 20:11: *“Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos”*. El cielo y la tierra, tal como los conocemos, desaparecerán luego del Milenio y las almas de los incrédulos deberán comparecer ante el Señor por su desobediencia. Hasta ese momento, estas almas se encontraban presas en el Hades, pero ahora sus cuerpos resucitarán para recibir el juicio por sus obras, por lo tanto, su resurrección será para condenación. Por este motivo el versículo 12 dice: *“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”*.

Si en algo es clara la Biblia es en que todos compareceremos ante el juicio de Dios y que nadie podrá escapar de la presencia divina. Lo mismo sucederá con los incrédulos quienes además estarán cautivos en el Hades, esperando la resurrección de sus cuerpos y su condena final: *“Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras”* (v. 13).

La apertura de los libros será razón suficiente para que todos hagan silencio. En ellos se revelará sus obras de iniquidad y su falta de fe en la obra redentora de Cristo, por la cual podrían haber sido justificados. Finalmente, en Apocalipsis 20:14-15 se nos dice: *“Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego”*. El incrédulo entenderá que no hay oportunidad para salvación y será separado de todo lo santo, como Adán y Eva fueron expulsados del Edén. Estos no fueron hallados en el libro de la vida, el cual contiene los nombres de aquellos que colaboraron con el evangelio (Filipenses 4:3), que vencieron al pecado (Apocalipsis 3:5), que no adoraron al Anticristo (Apocalipsis 13:8) y que no tienen inmundicia (Apocalipsis 21:27).



j. El juicio a todo el universo

La Biblia no solo habla acerca del origen del universo, sino también de su consumación, lo que incluye el fin a un período de la historia humana y su juicio final. Con respecto al cielo y la tierra, los cuales han sido corrompidos por el pecado del hombre, recibirán su restauración a su estado primigenio, cuando reflejaban la gloria divina. Isaías 65:17 dice: *“Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra. De lo pasado no habrá memoria ni vendrá al pensamiento”*. Así como el hombre nace de nuevo en Cristo, siendo transformado a una nueva criatura, también el cielo y la tierra serán redimidos y transformados hasta ser “nuevos cielos y nueva tierra”.

Pedro y Juan citan este pasaje enseñando acerca de esta misma esperanza: *“Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia”* (2 P. 3:13); *“Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado y el mar ya no existía más”* (Ap. 21:1).

Debemos recordar que Dios creó todas las cosas por amor al hombre, al que crea como obra final y cúlmine de su gran obra creativa. Esta obra estaba hecha a su imagen y semejanza y sería la encargada de gobernar sobre el resto de la creación en la tierra: la naturaleza podría contemplar la imagen de Dios en el hombre, y el hombre ver en la naturaleza a su Creador. En ambos casos, su objetivo siempre era glorificar a Dios: *“Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje ni palabras ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz y hasta el extremo del mundo sus palabras. En ellos puso tabernáculo para el sol; y este, como esposo que sale de su alcoba, se alegra cual gigante para correr el camino. De un extremo de los cielos es su salida y su curso hasta el término de ellos. Nada hay que se esconda de su calor”* (Sal. 19:1-69); *“Te alabaré, porque formidables y maravillosas son tus obras; estoy maravillado y mi alma lo sabe muy bien”* (Sal. 139:14); *“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ‘¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?’ Lo has hecho poco menor que los ángeles y lo coronaste de gloria y de honra. Lo hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies”* (Sal. 8:3-6).

Es importante entender la estrecha relación espiritual que hubo entre el hombre y la naturaleza, los cuales se combinaban a la perfección en la tarea de glorificar al Creador. Puede verse lo estrecha de esta relación en Génesis 4, el día que Caín mató a su hermano Abel: *“—¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito seas de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar sus frutos; errante y extranjero serás en ella”* (vv. 10-12). Y cuando la maldad del hombre corrompió



totalmente la tierra, el Señor envió el Diluvio Universal para purificarla.

En tiempos de la Ley, Dios ordena que la tierra, sobre todo la prometida para su pueblo, no esté vinculada a ningún elemento impuro o maldito, como vemos expresado en Números 35:33 o Deuteronomio 21:23: *“No contaminaréis la tierra donde viváis, porque esta sangre mancillará la tierra, y la tierra no puede ser purificada de la sangre derramada en ella si no es por la sangre del que la derramó”*; *“... no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado. Así no contaminarás la tierra que Jehová, tu Dios, te da como heredad”*, entre muchos otros pasajes.

Los profetas Isaías, Jeremías y Ezequiel también describen la ruptura en la relación hombre-naturaleza: *“La tierra será totalmente devastada y completamente saqueada, porque Jehová ha pronunciado esta palabra. Se destruyó, cayó la tierra; enfermó, cayó el mundo; enfermaron los altos pueblos de la tierra. Y la tierra fue profanada por sus moradores, porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, quebrantaron el pacto eterno. Por esta causa la maldición consumió la tierra y sus moradores fueron asolados; por esta causa fueron consumidos los habitantes de la tierra y disminuyó la población”* (Is. 24:3-6); *“Alza tus ojos a las alturas, y ve si hay algún lugar donde no te hayas prostituido. Junto a los caminos te sentabas para ellos como un árabe en el desierto, y con tus fornicaciones y tu maldad has contaminado la tierra”* (Jer. 3:2); *“Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ‘Hijo de hombre, mientras la casa de Israel habitaba en su tierra, la contaminó con su mala conducta y con sus obras; como inmundicia de menstruosa fue su conducta delante de mí. Y derramé mi ira sobre ellos por la sangre que derramaron sobre la tierra, porque con sus ídolos la contaminaron...’”* (Ez. 36:16-18).

También los salmos expresan la contaminación de la tierra por el hombre: *“Sacrificaron sus hijos y sus hijas a los demonios, y derramaron la sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas, a quienes ofrecieron en sacrificio a los ídolos de Canaán; y la tierra fue contaminada con sangre”* (Sal. 106:37-38).

Además de todo esto, el hombre ha desvirtuado el rol de la naturaleza, utilizándola como medio para hacerse abominable ante Dios. Esto a través del culto pagano a la tierra, al cielo y a los astros, quienes venían ahora a ocupar el lugar de Dios. Justamente este es el propósito de Moisés al escribir Génesis 1, dejar en claro que todo había sido creado para glorificar a su único Creador y Dios.

Sin embargo, llegará el día en que Dios utilizará a la naturaleza para dar juicio a las naciones y que reconozcan su majestad. La naturaleza sufrirá la ira de Dios por el pecado del hombre, pero finalmente será restaurada, así como lo será el hombre que glorifique a Dios por medio de la obra redentora de Jesucristo:



“Porque Jehová sale de su lugar, desciende y camina sobre las alturas de la tierra. Los montes se derretirán debajo de él y los valles se hendirán como la cera delante del fuego, como las aguas que corren por una pendiente. Todo esto por la rebelión de Jacob, por los pecados de la casa de Israel. ¿Cuál es la rebelión de Jacob? ¿No es acaso Samaria? ¿Cuál es el lugar alto de Judá? ¿No es acaso Jerusalén? Haré, pues, de Samaria montones de ruinas, tierra para plantar viñas. Derramaré sus piedras por el valle y descubriré sus cimientos” (Mi. 1:3-6, compárese con Nahum 1:5-10).

En el Nuevo Testamento, el apóstol Juan describe en la apertura del sexto sello una escena terrible de la ira de Dios, expresada en distintos desastres naturales: *“Miré cuando abrió el sexto sello, y hubo un gran terremoto. El sol se puso negro como tela de luto, la luna entera se volvió toda como sangre y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. El cielo se replegó como un pergamino que se enrolla, y todo monte y toda isla fueron removidos de sus lugares” (Ap. 6:12-14).*

Es obvio que la expresión de la ira divina en la naturaleza afecta de manera directa al hombre, quien temerá ante el juicio de Dios. La relación hombre-naturaleza sigue aún vigente, pero se ha distorsionado a causa del pecado. Habiendo sido creada para el hombre, la naturaleza es necesariamente parte de su vida y subsistencia, y sigue aún mostrando la gloria de Dios, en este caso expresada en su justicia: *“Lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas. Por lo tanto, no tienen excusa” (Ro. 1:20).*

Pablo escribe en Romanos 8:19-21: *“... el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. Por tanto, también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios”. Por lo tanto, la relación hombre-naturaleza se expresa también en la necesidad de ser redimida. Tanto el hombre como la naturaleza buscan reconciliarse con Dios a través de la obra redentora de Cristo: “... porque al Padre agradó que en él habitara toda la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Col. 1:19-20).*

Aunque es el hombre quien debe reconciliarse con Dios a causa de la enemistad que este ha provocado con su desobediencia, toda la creación es afectada y necesita ser restaurada a la par del hombre redimido. La obra redentora de Cristo en la cruz se extiende hasta la consumación del mundo, cuando el Señor purificará y santificará la tierra, porque Dios estará allí: *“... Y desde aquel día el nombre de la ciudad será Jehová-sama” (Ez. 48:35; compárese con Isías 65:16:20).*



Dios hará un cielo y una tierra nueva cuando haga resplandecer su gloria sobre Jerusalén, sobre su templo, y de allí toda esa gloria recorra toda la tierra. Israel será un pueblo nuevo, Jerusalén y su templo serán glorificados y todo el universo.

Así como los hombres han desechado la cosmogonía de Moisés, también muchos desearán las palabras de Juan en Apocalipsis, y las de toda la Palabra de Dios respecto a esta nueva cosmogonía. Lo importante es entender el poder que el pecado tiene sobre toda la creación y la urgente necesidad de que todo vuelva a cumplir con su propósito inicial: glorificar a Dios.

2. El infierno

(Para este tema véase clase 2 y 3, inciso c).

3. El cielo

El cielo es un lugar real donde habita el Dios Padre: *“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros”* (Jn. 14:2). Y donde el Dios Hijo intercede por nosotros: *“Por eso puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”*. (He. 7:25). Es además el destino de los hijos de Dios: *“Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo”* (Fil. 3:20).

La importancia del cielo radica en la esperanza del creyente, pues este es la meta y herencia de todo cristiano: *“... prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”* (Fil. 3:14); *“... para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcescible, reservada en los cielos para vosotros”* (1 P. 1:4).

La Biblia menciona tres cielos distintos. Uno de ellos es considerado “el primer cielo”, y es descrito en la creación: *“E hizo Dios un firmamento que separó las aguas que estaban debajo del firmamento, de las aguas que estaban sobre el firmamento. Y fue así. Al firmamento llamó Dios ‘cielos’. Y fue la tarde y la mañana del segundo día”* (Gn.1:7-8). El segundo cielo se encuentra descrito en Génesis 1:14-18: *“Dijo luego Dios: ‘Haya lumbreras en el firmamento de los cielos para separar el día de la noche, que sirvan de señales para las estaciones, los días y los años, y sean por lumbreras en el firmamento celeste para alumbrar sobre la tierra.’ Y fue así. E hizo Dios las dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que señoreara en el día, y la lumbrera menor para que señoreara en la noche; e hizo también las estrellas. Las puso Dios en el firmamento de los cielos para alumbrar sobre la tierra, señorear en el día y en la noche y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno”*.



Y, por último, en 2 Corintios 12:2 Pablo asegura haber sido arrebatado al tercer cielo: *“Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo”*. Sin duda, este tercer cielo no tiene que ver con el lugar donde están las estrellas. Aunque de la ubicación nada se sabe, algunos se arriesgan a enseñar que se encuentra en algún lugar del norte, por lo dicho en Isaías 14:13 y en Salmos 48:2: *“Tú que decías en tu corazón: ‘Subiré al cielo. En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono y en el monte del testimonio me sentaré, en los extremos del norte...’; ‘Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra es el monte Sion, a los lados del norte! ¡La ciudad del gran Rey!’*”, aunque la expresión “monte de testimonio” parece referirse más a Galaad, donde Jacob hizo una alianza con Labán, entendiéndose más como un intento de Satanás por ocupar el trono o gobernar sobre Israel o Jerusalén (monte de Sion).

Lo cierto es que más allá de estos pasajes, debemos tener cuidado en hacer rápidas especulaciones. Dos palabras son usadas en la Biblia para señalarnos la dirección del cielo: hacia arriba y por encima de nosotros, *“Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios”* (Hch. 7:55); *“Galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como lo habéis visto ir al cielo”* (Hch. 1:11); *“Aconteció que mientras ellos iban caminando y hablando, un carro de fuego, con caballos de fuego, los apartó a los dos, y Elías subió al cielo en un torbellino”* (2 R. 2:11); *“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”* (Col. 3:1-2); *“Y les dijo: –Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo”* (Jn. 8:23).

Además, de esto sabemos que el cielo es un lugar que está preparado para nosotros: *“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros”* (Jn. 14:2); *“Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad”* (He. 11:16).

También sabemos que el cielo es un lugar donde Dios escucha las oraciones de la tierra y ve toda actividad del hombre: *“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”* (Mt. 6:9); *“Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido que buscara a Dios”* (Sal. 14:2). Además, es desde el cielo que Dios revela su ira contra toda injusticia e iniquidad: *“La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad”* (Ro. 1:18);

Allí en el cielo también está el Señor Jesucristo sentado a la diestra del Padre: *“Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas”* (Ef. 6:9); *“Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros esclavos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos”* (Col. 4:1).



Del cielo vino el Señor enviado por el Padre y ha vuelto a él: *“Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo”* (Jn, 17:18); *“... –¡Suéltame!, porque aún no he subido a mi Padre; pero ve a mis hermanos y díles: ‘Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios...’”* (Jn. 20:17). También en el cielo el Señor espera su retorno para recibir a la iglesia en el aire y para gobernar y juzgar al mundo: *“El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”* (1 Ts. 4:16-17); *“Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco. El que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea”* (Ap. 19:11).

Por otro lado, el cielo es la morada de los ángeles: *“Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento [...] Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente”* (Lc. 15:7-10).

En el cielo los espíritus de los creyentes esperan la resurrección de sus cuerpos (véase Filipenses 3:21 y 2 Corintios 5:1). Y Abraham Isaac y Jacob esperan a los redimidos en el cielo: *“Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos”* (Mt. 8:11).

El cielo tendrá una hermosura sin igual, como expresa todo el capítulo 21 de Apocalipsis cuando describe a la Nueva Jerusalén. En este capítulo se detalla sus dimensiones. Allí habrá muchas moradas y lugares para descansar: *“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros”* (Jn. 14:1-2). En el cielo no habrá noche (*“La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera”*; Ap. 21:23).

El cielo es un lugar de música (*“Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: ‘Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación’”*; Ap. 5:9); de servicio gozoso (*“Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre”*, Sal. 16:11; *“Y no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, sus siervos lo servirán”*; Ap. 2:23) y lleno de la gloria de Dios (*“Tenía la gloria de Dios y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal”*; Ap. 21:11).



4. La Nueva Jerusalén

Apocalipsis 21:5 dice: *“El que estaba sentado en el trono dijo: ‘Yo hago nuevas todas las cosas.’ Me dijo: ‘Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas.’”* Este pasaje se encuentra en el medio de la descripción de la Nueva Jerusalén. Podríamos preguntarnos por qué Dios considera que todo debe ser hecho nuevo. Sin duda, Dios tiene altos ideales para la Nueva Jerusalén, pues esta ciudad, como también la antigua Jerusalén, representa la presencia y soberanía de Dios, además de el señorío y obra redentora de Cristo.

Esta Nueva Jerusalén, a diferencia de la anterior, no conocerá corrupción ni podrá ser destruida. La Jerusalén que hoy conocemos había alcanzado tal grado de pecado que Isaías la comparó con Sodoma y Gomorra: *“¡Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de Jehová! ¡Escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra!”* (Is. 1:10). Esto llevó a Jerusalén a la destrucción.

En el Nuevo Testamento vemos a Jesús llorando por Jerusalén, pues sabía que su destrucción era inminente a causa de su desobediencia.

Ante la frustración de una Jerusalén que no estuvo a la altura de los planes divinos para ella, Dios renueva la esperanza por medio de una Nueva Jerusalén, libre de toda corrupción y sujeta a los propósitos divinos. Una ciudad que no sufrirá ningún peligro y que permanecerá para siempre: *“Morada de quietud, tienda que no será desarmada, ni serán arrancadas sus estacas”* (Is. 33:20); *“... Será santo a Jehová; no será arrancada ni destruida más para siempre”* (Jer. 31:40); *“Y el nombre de la ciudad desde aquel día será Jehová-sama [‘Jehová está allí’]”* (Ez. 48:35).

Finalmente, luego de tanto anhelo, de todas las predicciones, la patria celestial será un hecho: *“Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad”* (He. 11.16). Los dos últimos capítulos de la Biblia son de los más esperanzadores, allí se nos habla de la Nueva Jerusalén: *“Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido”* (Ap. 21:2); *“... Y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios”* (Ap. 21:10).

Ezequiel llama a la Nueva Jerusalén “Jehová sama” y menciona una vara de medir al igual que en la visión de Juan. Apocalipsis 21 hace algunos “guiños” a visiones anteriores. Por ejemplo, intenta contrastar esta ciudad con la Gran Babilonia destruida (capítulos 17 y 18). Mientras que Babilonia es la ramera, la Nueva Jerusalén es la esposa. Aunque ambas son ricas, Babilonia se enriqueció a través del pecado, mientras que la Nueva Jerusalén está llena de la gloria de Dios. En la Nueva Jerusalén solo hay lugar para la justicia, la paz y la seguridad. Además, la Nueva Jerusalén perdurará por la eternidad, mientras que Babilonia será destruida.



En los capítulos 21 y 22 Juan tiene una visión respecto a la Nueva Jerusalén, la cual encierra una serie de simbolismos. La ciudad parece ser un cubo perfecto, con las mismas medidas de longitud, altura y anchura de 22 000 kilómetros. Pensemos en que Juan intenta describir algo totalmente nuevo para él, por lo tanto, debió buscar la manera de describirlo. Nada de lo que nos imaginemos se acercará ni una pizca a la verdadera imagen de la Nueva Jerusalén. No obstante, ya la veremos con nuestros propios ojos. De seguro, la figura de un cubo recordaba al Lugar Santísimo.

También tiene un muro, no para defender la ciudad de los ataques enemigos, sino como una señal de orden y armonía. Además se menciona una serie de piedras preciosas que describen el gran esplendor y la gloria divina. Cabe recalcar que estas mismas piedras eran las que el sumo sacerdote llevaba en su pectoral.

Hay en la ciudad un río limpio que parece aludir al río que sale del templo, mencionado en Ezequiel 47. Encontramos además el árbol de la vida, al cual volveremos a tener acceso.

La Nueva Jerusalén será además un lugar donde las naciones se unan por la sangre de Cristo. Allí habrá gente de toda raza, lengua y nación que estén inscritos en el libro de la vida del Cordero.

En la Nueva Jerusalén Dios morará para siempre con su pueblo. Allí no habrá templo, pues Dios y el Cordero será su templo.

Lo más maravilloso de la Nueva Jerusalén será la ininterrumpida comunión con Dios y la total carencia de maldición. Allí podremos servir al Señor por la eternidad.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

